

cado a la transición mexicana, Karol Derwich de la Universidad Jagellónica en Polonia, incide en el hecho de que, en México, la transformación a la democracia es todavía un proceso que se encuentra incompleto. Para confirmarlo, menciona una serie de aspectos como la falta de cambios institucionales y reformas del sistema político, la falta de un Estado de derecho, la corrupción, los altos niveles de violencia, los problemas sociales como la desigualdad o la pobreza, algo que por otro lado no ocurre solo en México, si no en América Latina en general. La conclusión a la que llega la autora es que es imposible construir un sistema de democracia consolidada sobre los fundamentos creados para el funcionamiento estable del sistema autoritario.

Esta monografía compuesta con las investigaciones de especialistas internacionales de diferentes universidades pretende contribuir desde un punto de vista comparativo y un planteamiento novedoso y arriesgado, a una historia global de la democracia. Este libro nos permite identificar los grandes aspectos comunes en un marco genérico entre las transiciones de los lugares abordados, algunos de ellos serían la violencia a lo largo del proceso transicional o la mala gestión de las víctimas de las diferentes dictaduras ya en democracia. A su vez nos ofrece puntos en común a la hora de analizarlos, desde las visiones de “transiciones modélicas” que imperaron en un primer momento, a posturas que consideran estos procesos frustrantes e ineficaces, en los que el cambio no ha sido considerado como tal e incluso se llega a culpar a las transiciones de problemas actuales por considerarse que han tenido su origen en la mala gestión de aquellos procesos. Sin embargo, el libro nos invita también a reflexionar sobre las enormes diferencias marcadas por los diversos contextos nacionales, mientras España y Portugal contaron con el apoyo de una Europa que deseaba su estabilidad, los países de América Latina se vieron traumatizados por la violencia de las dictaduras y presionados por las fases finales de la Guerra Fría. Pero incluso dentro de Europa, hay enormes diferencias entre los países peninsulares y los de Europa del Este, en estos últimos surgieron procesos transicionales sin haber tenido ningún tipo de referente democrático originando democracias todavía hoy en vías de consolidación.

**Keitel, Wilhelm y Görnitz, Walter, *Mariscal Keitel. Memorias del Jefe del Alto Mando de la Wehrmacht (1938-1945)*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2020, 360 pp.**

Por Adrián Magaldi Fernández  
(Universidad de Cantabria)

Una de las cuestiones que más atención ha despertado en la historia del nacionalsocialismo, es la vida de aquellos altos jefes nazis que rodearon a Adolf Hitler durante la Alemania del Tercer Reich. Hermann Göring, Heinrich Himmler, Joseph Goebbels, Albert Speer, Martin Bormann o Baldur Von Schirach son, tan solo, algunas de las muchas personalidades que rodearon al Führer. De todos ellos disponemos de valiosos estudios biográficos o, en algunos casos, autobiográficos, con unas memorias y diarios que, igualmente, nos ayudan a conocer la realidad política de la Alemania nazi, así como la vida y visiones de sus protagonistas. No obstante, entre las figuras de la época hay una en que resulta llamativa la escasa atención recibida: Wilhelm Keitel. Este militar fue uno de los personajes más próximos a Hitler, especialmente desde que en 1939 comenzara la Segunda Guerra Mundial. Jefe del Alto Mando de la Wehrmacht desde su nombramiento en 1938 hasta el hundimiento del Tercer Reich en 1945, Keitel fue el administrador de todos los asuntos militares durante ese período. Conocido por sus compañeros como *Nickeitel* o *Lackeitel* (Asentimiento Keitel o Lacayo Keitel), de él se decía que estaba “dotado del cerebro de un acomodador de cine” y que, simplemente, era “el asno que asiente con la cabeza”. Hitler encontró en él a ese militar con el que controlar el ejército alemán, pero ¿quién fue en realidad Wilhelm Keitel?

La ausencia generalizada de estudios sobre su figura, especialmente en castellano, otorga un significativo valor al peculiar libro publicado por La Esfera de los Libros bajo el título *Mariscal Keitel*. Esta obra se nutre, principalmente, de las memorias escritas por el propio Keitel en 1946 desde su celda de Núremberg, mientras esperaba una sentencia que le condenaría a morir en la horca. Redactadas sin ningún material en el que apoyarse, más allá de sus propios recuerdos, la muerte le llegó antes de que pudiera concluir las y revisarlas. Esa labor fue asumida por el historiador Walter Görnitz en 1961, año en que se publicó inicialmente esta obra que llega ahora a nuestro país. Görnitz intentó revisar su escritura o “cubrir” aquellos episodios que se habían

quedado sin abordar en el borrador original, algo para lo que se valió, principalmente, de la correspondencia personal de Keitel conservada por quien fuera su abogado, Otto Nelte. Toda esta reconstrucción la completó Görlitz con un breve retrato biográfico del personaje en el cual analizó su trayectoria y sus responsabilidades en unos crímenes del Tercer Reich que le acabarían llevando a la muerte. Así discurre una obra especialmente interesante que se estructura en tres partes.

La primera parte del libro se trata de una breve aproximación biográfica a la figura de Keitel escrita por el propio Walter Görlitz. Ese retrato, aunque sucinto, resulta esencial y revelador para poder adentrarse, posteriormente, en el personaje y sus recuerdos. Conocer sus orígenes, su carrera y los principios que guiaron su actuación convierten este apartado en fundamental para contextualizar unas memorias que arrancan en torno a la crisis Blomberg-Fritsch de 1938 y que, de otra forma, restaría valor a la riqueza que el lector puede extraer de los recuerdos de un personaje del que poco se conoce de su vida, más allá de su omnipresencia en el entorno del Führer.

La segunda parte se trata del corpus básico de la publicación, pues son las memorias como tal del Mariscal Keitel. Los recuerdos arrancan con la crisis vivida por el ejército alemán en 1938 con la caída de sus dos principales hombres, después de verse envueltos en grandes escándalos: el general Fritsch (comandante del Heer) y el general Blomberg (ministro de Defensa del que Keitel fue su mano derecha, además de consuegro). Tras ese episodio, Keitel se convirtió en Jefe del Alto Mando de la Wehrmacht (OKW), máxima autoridad en términos político-administrativos de las Fuerzas Armadas alemanas y, partiendo de ese momento, relata su labor en el cargo, la actuación junto a Hitler durante el transcurso de la guerra o la firma de la rendición en mayo de 1945. Se convierte en un texto con una información de enorme valor que se alcanza a través de las dos perspectivas desde las cuales puede abordarse su lectura. Desde una lectura documentalista, como almacén de datos, nos aporta referencias fundamentales para conocer diversas cuestiones, como la compleja estructura sobre la que se vertebraba la arquitectura administrativa y operativa de la Wehrmacht, la forma en que se tomaron las diferentes decisiones bélicas durante la contienda o el juego de intrigas, amistades y rivalidades que definió al ejército alemán y a la

administración nazi durante el Tercer Reich. Sus recuerdos son un reflejo nítido con el que adentrarse en la forma en que funcionó ese entramado burocrático-político que el historiador Martin Broszat bautizó como la policracia nazi pues, como recordaba Keitel, “era característico del modus operandi de Hitler lograr el máximo esfuerzo haciendo que las partes en conflicto compitieran entre sí”. Si esa lectura documentalista es de interés, aún más atractiva resulta la lectura confesional, aquella que nos permite conocer la psicología del autor a partir del modo en que reconstruye su pasado, así como por el juego de percepciones y autopercepciones que articula en su relato. Durante todas sus memorias, Keitel trata de desvincularse de las decisiones adoptadas, con el propósito de transmitir la visión de un hombre que tan solo cumplía órdenes, pues “tenía que hacer lo que se me decía en el puesto al que había sido asignado” y “nunca se me permitió tomar decisiones”. Según consideraba, “la virtud cardinal de un soldado es la obediencia, en otras palabras, lo opuesto a la crítica”. De este modo, él únicamente habría cumplido con su deber de obediencia a un Hitler con el que trata de desvincularse manifiestamente. Escritas en pleno proceso de Núremberg, no resulta extraño comprender que catalogara al hombre al que había servido incondicionalmente hasta unos meses antes, como un “demonio” al que “si se le metía una idea en la cabeza nadie sobre la tierra se la podía sacar” pese las muchas ocasiones en las que, aseguraba, se opuso a sus medidas. Pero, “con mi nombramiento como jefe del OKW, deje de ser un hombre libre”. Sin embargo, aunque tratara de proyectarse de ese modo, en la construcción subconsciente del relato no puede evitar calificar constantemente de traidores a generales como Beck o Canarijas por su implicación en la Operación Valkiria, reflejar su odio hacia una guerrilla partisana que consideró necesario reprimir al suponer “nuevas técnicas de puñalada por la espalda”, o manifestar su satisfacción con el avance de la guerra. La invasión de Francia en 1940 la recordaba como “el momento en el que nos vengábamos por Versalles y era consciente del orgullo que sentía por el término de una campaña única y victoriosa”. Aún más reveladores resultan sus silencios, con auténticas omisiones respecto a las decisiones que, precisamente, le llevaron a estar sentado en el banquillo, como la Orden de los Comisarios o el Decreto Nacht und Nebel, medidas en las que se cimentó la represión política de los prisioneros de guerra y que relega a menciones de escasa relevancia.

Para Keitel, estos sucesos son desplazados a un segundo plano, admitiendo de forma difusa que, simplemente, “cometí errores igual que otros”.

En la tercera y última parte de la obra nuevamente es Görlitz quien escribe para analizar, desde una perspectiva histórica, precisamente esa cuestión omitida por Keitel: su responsabilidad sobre los crímenes que llevaron a su ejecución. Significativamente, el título original de esta obra era “Keitel, ¿criminal u oficial?”. En su análisis resulta más que evidente el posicionamiento favorable de Görlitz hacia un Keitel al que parece justificar, concebido como un militar ingenuo, respetuoso con las cadenas de mando, que “solo vio gradualmente las espinas en la corona que se había colocado”. Un tono dulcificado que omite su identificación con las decisiones tomadas, los crímenes de guerra cometidos bajo su mando o las sustanciosas recompensas que obtuvo en el escalafón militar o, especialmente, en términos económicos, con las cuantiosas sumas con que Hitler le recompensó, consciente de la necesidad de contar en tal alto puesto con un militar servicial que transformara en orden todas sus directrices sin crear trabas.

En definitiva, el “Mariscal Keitel” editado por La Esfera de los Libros se trata de una publicación de enorme valor para todo aquel interesado por conocer el funcionamiento interno de la compleja maraña burocrático-administrativa de la Wehrmacht, así como para aproximarse a la actuación y naturaleza de quien fuera su máximo dirigente: Wilhelm Keitel. Unas memorias fundamentales que ahora requerirán de un análisis biográfico riguroso que, realmente, nos ayude a comprender a tan compleja figura.

**Molina García, Sergio, *Una llave para Europa- El debate agrario franco-español y la adhesión de España a la CEE (1975-1982)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2020, 311 pp.**

Por Julio Pérez Serrano  
(Universidad de Cádiz)

Las negociaciones que hicieron posible el ingreso de España en la CEE, materializado el 1 de enero de 1986, tuvieron un escenario especialmente conflictivo en las mesas destinadas al sector agrario. Francia presentó una dura batalla para minimizar los efectos negativos que, para sus intereses, podría haber tenido la incorporación al Mercado Común de su vecino meridional, dado

el potencial que ya entonces tenía su agricultura. España, ciertamente, pagó un alto precio para desbloquear la resistencia francesa, si bien, la magnitud del logro alcanzado —el ingreso, al fin, en las Comunidades Europeas—, difuminó a ojos de propios y extraños, los altos costes que para el sector primario español tuvo la adhesión a la CEE.

En los debates que, más allá de los despachos comunitarios, se generaron en los años previos a nivel gubernamental, en la sociedad civil y en la opinión pública se utilizaron, tanto en Francia como en España, discursos que reproducían viejos tópicos nacionales y nuevos estereotipos fabricados *ad hoc* para ser utilizados en la contienda política. El autor de este libro, Sergio Molina García, ha tenido el acierto de poner el foco de su investigación en esta problemática, al tiempo que ha sabido navegar con pulso firme en este proceloso océano de imágenes especulares. Este libro ha sabido integrar en un relato coherente y bien trabado, las claves que explican, en sus etapas más recientes, una relación bilateral secularmente conflictiva, que adquiere perfiles dicotómicos tras la Segunda Guerra Mundial. Apoyado en una amplia y actualizada bibliografía a la que acompaña un interesante anexo documental, este texto constituye sin duda una aportación relevante y novedosa al conocimiento de la historia reciente de Europa.

La primera escena de este políptico reconstruye las casi cuatro décadas que van de 1945 a 1982. Durante este periodo, contra lo que pudiera parecer, las relaciones entre Francia y España fueron se mantuvieron, aunque de forma inestable, debido a la anomalía del régimen franquista, pasando luego a ser especialmente intensas, sobre todo a raíz de que España formalizara su solicitud de adhesión a la CEE en 1977 y por el aumento de la actividad terrorista de ETA. La complejidad política de este momento se vio en parte atenuada por las dinámicas cooperativas de la sociedad civil de ambos países, cuyas interrelaciones, tanto en lo económico como en lo cultural, facilitaron la comunicación y la comprensión del “otro”, cuestionando los estereotipos heredados.

La segunda tabla de nuestro políptico, centrada en el periodo de 1975 a 1982, sitúa los sectores agrarios en el epicentro de un debate marcado por la transición a la democracia en España. En este capítulo, el autor logra demostrar con solvencia que el problema principal de la agricultura española no era la CEE, sino sus propios défi-